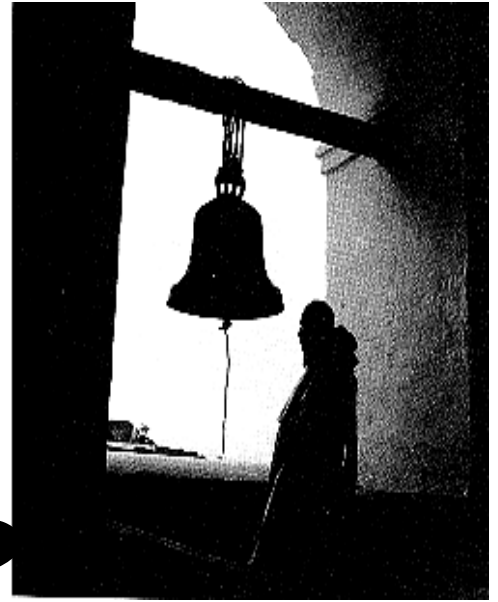


Hace tiempo recibimos las comunicaciones de Petronio Rafael Cevallos. Algunas nos parecieron de particular interés, sobre todo tras los tumultuosos y terribles acontecimientos políticos de hace poco —sin contar con la intervención de los volcanes.

En esta oportunidad transcribimos tres textos sobre la experiencia ecuatoriana: un canto desesperado de Gabriel Cisneros en una epístola a Cevallos, su respuesta, y un testimonio-reflexión desde el exilio también de Cevallos. Los presentamos al lector como **testimonios personales** y a sabiendas de que representan sólo algunos de los muchos acercamientos posibles a los presentes conflictos del Ecuador. (N. del E.)



ECUADOR

donde todo es posible

El Ecuador es un país cuya magia y contradicciones cotidianas son un mito en el mundo, un mito que rompe con los límites de lo creíble, de lo posible, inclusive de lo aceptable. Los acontecimientos pasados, la fragilidad de los sistemas; el abuso a la resistencia de gente buena, cansada de ver cómo se vende al país. Cómo la corrupción va tomándose instituciones y la conciencia común, cómo puede más la ambición y la falta de ética de la clase política que el hambre de las mujeres que caminan por las calles en busca de reporteros de televisión que masifiquen su drama, con la esperanza de que algún alma buena comparta mendrugos de pan y de ternura con ella y con sus hijos. Y cientos de miles de casos conmovedores, como el ver a jubilados pidiendo limosna o arrimados a los hijos porque los banqueros les robaron --con la plata-- las últimas ganas de vivir.

Y qué hablar de nosotros los que desde ahora somos los pobres del mundo, la antigua clase media, que ha desaparecido en este país. Los que trabajamos en instituciones públicas o privadas y como no tenemos los recursos para adquirir lo básico hemos recurrido al sistema de

Gabriel Cisneros

comisariatos, al crédito que se descuenta en roles de pago. Hemos perdido la ilusión de que llegue el fin de mes para cobrar, ya que en muchas ocasiones en vez de recibir nos toca pagar la diferencia. Una vez dentro de este círculo vicioso parece que nunca

se podrá salir de él. Y cuáles son los bienes y servicios que se adquieren: lo básico, lo elemental para no morir de hambre, de frío, de soledad.

Hemos involucionado a la época de la colonia, cuando los encomenderos en las haciendas tenían sus tiendas y vendían a los indios lo básico a precios exorbitantes, y cómo los indios por su trabajo recibían miserias. Poco a poco, fueron convirtiéndose en esclavos del dueño de la hacienda por la deuda que tenían con él. Ése fue un mecanismo macabro que se mantuvo inclusive en la época de la mayor parte de la vida republicana. Ese mecanismo fue más opresivo que la esclavitud (cuya abolición fue decretada en el gobierno de Urbina), ya que por estar debiendo el indio no podía dejar la hacienda hasta que acabase de pagarle al patrón. Los hijos o nietos de los indios lo único que heredaban eran deudas. A tal punto llegó la infamia, que hace treinta o cuarenta años, todavía salían en los diarios nacionales anuncios de ventas de haciendas “en las laderas del Chimborazo con siete mil indios”. Y yo me pregunto qué pasará después



cuando llegue el momento que no podamos pagar nuestras deudas. ¿Saldrán los acreedores --como los políticos salen hoy-- a las calles a decir: “No nos enseñen el panorama nacional, la pobreza en que vive la gente si nosotros bien la conocemos. Denos soluciones”? Y cuando les damos soluciones salen con el cuento de que no son “constitucionales”. Arguyen que el pueblo no tiene derecho a decir que los falsos profetas, por incompetentes y por ser responsables de la crisis nacional, deben irse a la casa. Para colmo, alegan que, en honor a la estabilidad nacional, es mejor que dejemos las cosas como están, que callemos, que nos olvidemos que tenemos hambres atrasadas y reumas adelantadas. En este país todo es posible, menos olvidar el hambre; es imposible ignorar la angustia de no tener ni visos de una remota solución.

Esto no quiere ser un análisis, mucho menos una propuesta; es un canto desesperado, algo que tenía que escribir para no matarme o matar a alguien; una forma de gritar estoy vivo, de preguntarme si a alguien le importa que lo esté. Viene a mi mente la canción de Silvio Rodríguez y la tarareo “Vivo en un país libre, cual solamente puede ser libre, en este día en este instante, y quiero que me perdonen por este día los muertos de mi felicidad...” Ésa es mi utopía, y nosotros somos los muertos de la canción, los muertos de hambre y de cansancio. Lloro y grito en este canto, pero la vida sigue sin valer nada, porque las puertas siguen desapareciendo, esfumándose, ocultándose ante mis sueños. Lo más triste es que voy a tener un hijo que nunca sabrá si este país tuvo algún día puertas.

¿Saben lo que es un hijo? Claro

que deben saberlo. ¿Saben lo que es no tener para los exámenes médicos, sentirse estafado porque lo que te descuentan mensualmente para seguro médico no te reporta por los paros, las huelgas, la falta de medicamentos... ¿Saben lo que es sentirse frustrado?

La constitución, dicen, es la norma filosófica y jurídica para que un pueblo, que es la parte viva, lo más importante del estado, salga adelante. Pero cuando la constitución no nos permite evolucionar, cuando el Congreso Nacional se convierte en una constante traba para cualquier gobierno, cuando las políticas de estado se ven rotas por las contiendas partidistas, ¿qué hacemos nosotros, el pueblo, los que a más de conocer vivimos en la miseria que nos aplasta? ¿Qué hacemos, si hasta la oportunidad de salir de la crisis nos la han robado? ¿Acaso soñar, como Silvio Rodríguez, que se vive en un país libre?

Nueva York, sábado 12 de febrero, 2000

Querido Gabriel:

Bravo, hermano poeta. A mí me importa y mientras tenga un hálito de vida seguirá importándome. Tu carta es un clamor hondo y sincero. Voy a ponerla en el Foro de *Ecuayork*. También la remitiré a nuestros miles de destinatarios, que estoy seguro, en gran número, se harán eco de tu gemido conmovedor. Aunque no faltará uno que otro energúmeno que te salga con alguna barrabasada neoliberalófila.

Respecto al dinero, habrá que hacer algo. Como sabes, la CCE de NY no tiene fondos, gracias a la magnanimidad y gran discernimiento de nuestros variopintos gobiernos de turno y sus respectivos (y no menos variados e igual de obtusos) ministros de “educación y cultura”. Si fuéramos una trillonésima parte lo indolentes --que invariablemente son los insignes funcionarios aludidos--, hace rato que ya hubiéramos enviado todo este asunto a donde --según los más eminentes entomólogos-- “madrugan las moscas”; pero, lamentablemente, no lo somos. Subsistimos y hasta crecemos, gracias a un refinado esfuerzo de la voluntad y al limitado pero inteligente apoyo de unas cuantas personas y empresas.

No te rindas, hermano; tu hijo verá días mejores. Mientras existan individuos como tú... siempre habrá alternativas. Cada uno de nosotros es una opción, y unidos somos una fuerza respetable y una solución plausible. En el fondo, la ignominia que nos significa haber nacido y vivido en ese antro de gazmoñería, rapiña y mezquindad que es el estado ecuatoriano, constituye un formidable desafío que nos obliga a ser mejores, a dar lo máximo, lo más genuino y depurado de nosotros.

Hay que, primero, por cualquier medio, tomar posesión del estado. La CONAIE debió haber asumido el poder, junto a los coroneles y demás organizaciones populares. Pese a la traición del general Mendoza, debieron haber continuado hasta las últimas consecuencias. No se puede delegar el gobierno a nadie que no sea a un directorio -de transición indefinida- nacido del mismo movimiento. En este sentido, la democracia ecuatoriana debe tornarse participativa, directa. Nada de “representantes”, ni juntas de “notables”, ni “delegados”. Los parlamentos indígenas, las comunidades de base y la acción masiva directa son el camino a seguir. Ya el pueblo ecuatoriano ha demostrado, con creces, gran capacidad de movilización y sacrificio. Ahora debe, impostergerablemente, asumir su destino y autogobernarse.



Asimismo, el parlamento popular ahora debe obtener la legitimación e institucionalidad requeridas. Una vez en el poder, hay que deconstruir ese estado corrupto, madriguera de una plaga --endémica y epidémica-- de parásitos de la res. Hay que redefinir el estado y recrearlo a imagen y semejanza del pueblo; indigenizarlo, humanizarlo y socializarlo hasta la médula, y así ponerlo al entero servicio de todos los ecuatorianos, no sólo de una minúscula clase -como ha sido el caso hasta hoy. Hay que empezar priorizando lo humano y lo social, organizando células de dignidad nacional --alrededor de ollas y comedores populares-- a lo largo y ancho del país, que sirvan como focos de congregación, diseminación, discusión y apoyo.

No hay que temerle a nada ni a nadie, excepto a la abulia. No hay que tenerle miedo a las amenazas de aislamiento y bloqueo. Ya el pueblo ecuatoriano ha soportado casi

doscientos --y los indígenas más de quinientos-- años de opresión, que es la peor forma de aislamiento y enajenación imaginables. Además, es infinitamente mejor vivir aislados, pero con dignidad, que vivir de rodillas recibiendo las migajas que nos tiran los chulqueros internacionales. (Migajas que jamás llegan a la mayoría, ya que siempre se quedan en la mesa de los mangoneadores e intermediarios de turno.) Creo que después de este más de medio milenio de haber sido salvajemente explotados y envilecidos, los indígenas tienen derecho y hasta obligación de cometer sus propios errores y atrocidades (hasta hoy exclusivísimo monopolio de la exigua minoría blanca y, en menor grado, de los mestizos). Ya es hora de tener una administración pública en la que participen --proporcional y directamente-- los indígenas, los verdaderos dueños de casa, quienes a su vez conforman la mayoría étnica del Ecuador. Pero, para lograrlo, tenemos que trabajar de sol a sol, todos los soles que hagan falta. El país tiene la capacidad de ser autosuficiente, pero antes hay que remoralizar a los ecuatorianos. Ésta es nuestra tarea fundamental.

No te olvides de abrazar en mi nombre a toda esa gente entrañable de mi querida Riobamba. No en vano, ñaño del alma, tú vives en ella. No en vano vivió y trabajó por tantos años en esa linda ciudad, al pie del taita Chimborazo, monseñor Leonidas Proaño, nuestro inolvidable obispo de los indios. Estos son los ejemplos que hay que seguir. Tenemos que continuar sembrando. Tú, como poeta, no puedes eludir la responsabilidad de trabajar concientizando a nuestros paisanos. Transmuta en poesía ese dolor y esa vergüenza a las que han reducido nuestra patria. Dignifica a nuestro escarnecido pueblo con tu palabra.

Sí, en el Ecuador todo es posible... incluso la resurrección de la dignidad nacional.

Un gran abrazo para ti y Margarita, con un beso tuyo, a mi nombre, sobre el plenilunio de su vientre próximo a darnos una esperanza y una razón más de lucha.

Petronio Rafael
Cevallos

Retorno a

"LA MITAD DEL MUNDO"

Pesadillesco Ecuador

Ya en el aeropuerto de Guayaquil, justo antes de embarcarme de regreso a Nueva York, al entregar el boleto, me salieron (¡¡oh dulce sorpresa ecuatorianísima!) con que me faltaban "la libreta militar" y "el permiso de ausentismo". Les expliqué a los oficiales de turno que yo había venido a contribuir --aún más-- a este país, después de varios años de ausencia. Lo que se sumaba no sólo en dinero sino también, entre otras cosas, en libros. ¿Qué insulsa "libreta militar" requiere un pacifista y antimilitarista declarado, quien, de remate, ha vivido y trabajado una década fuera de su país? ¿O sea, que me pedían un tributo a una institución, legendaria por jamás haber ganado una guerra, excepto la de proteger sus privilegios a expensas de sus depauperados y desarmados "connacionales"? ¿Qué clase de absurdo "permiso de ausentismo" debe necesitar un hombre libre y honesto, luego de visitar y honrar por unos breves días su lugar de origen?